CAPÍTULO XV. *Que dice la razón que trajeron a Motecuhzuma estos embajadores que fueron a recibir a Quetzalcohuatl*

DESPUÉS QUE FUE HECHA aquella idolátrica ceremonia de rociar a los embajadores con la sangre de los que habían muerto sentóse Motecuhzuma en su trono y silla para oír con aplauso y majestad la embajada que los mensajeros traían, porque según creía tenía por averiguado que era Quetzalcohuatl el que había llegado a la costa del mar y aguardaba la razón cierta de lo que determinaba en orden de su venida. Luego los mensajeros postrados en tierra la besaron (que en su lengua llaman tlalcualiztli, que es ceremonia idolátrica de adoración) y así postrados comenzó el principal que había ido por mayor a esta embajada de esta manera: señor poderoso y rey nuestro, luego que llegamos a la orilla de el mar, estos criados tuyos y yo vimos dentro de la agua unas casas grandísimas, todas de madera, con grandes artificios dentro y fuera, las cuales andan por el agua honda de la mar como las canoas que acá nosotros usamos para nuestra laguna y acequias; dijéronnos que estas casas se llaman navíos y ninguno de nosotros sabrá decir los diversos edificios y cosas que en sí contienen. Fuimos en canoas a ellos y entramos en el principal navío (o casa de agua) donde estaba el estandarte que traían. Eran los navíos muchos y en cada uno venía mucha gente y todos nos estuvieron mirando hasta que subimos en el del capitán. Luego procuramos ver al señor Quetzalcohuatl, en cuya busca íbamos para darle el presente que llevábamos y mostráronnos en una pieza apartada un señor sentado en un trono, muy ricamente vestido, y señalándolo con la mano nos dijeron: éste es el que buscáis; postrámonos a sus pies, besando la tierra y adorándolo como a dios; luego le dijimos lo que nos mandaste, y le compusimos con los vestidos y joyas que nos diste y presentámosle lo demás que llevamos para darle, y puesto todo a sus pies nos dieron a entender que era poco. Aquel día nos trataron bien y nos dieron de comer y de beber de un licor bueno que llamaron vino; aquella noche dormimos en el navío; a la mañana quisieron probar nuestras fuerzas y mandábannos pelear con ellos; excusámonos con mucha fuerza y resistencia. Aprisionáronnos y soltaron piezas que con sus truenos y relámpagos nos espantaron mucho y nos hicieron caer como muertos. Después que volvimos en nosotros y nos dieron de comer, vimos sus armas y sus caballos y sus perros que les ayudan en la pelea, de que nos espantamos mucho más; y sería cosa muy prolija y larga contar todas las cosas en particular. Dicen que vienen acá, a conquistarnos y a robarnos, no sabemos más; si vinieren acá sabremos lo que quieren y lo que pueden; sólo decimos que venimos grandemente espantados y atemorizados. Mucho se admiró Motecuhzuma de lo que estos embajadores dijeron, y mudáronsele los colores de el rostro y mostró muy gran tristeza y desmayo.

Asentósele en el corazón que se habían de ver en muy grandes trabajos y afrentas, así él como todos los de su imperio y reino; movido de este sentimiento comenzó a llorar amargamente, y todos los que con él estaban; y estas lágrimas y llanto corrió después por todos los de la ciudad, así chicos como grandes; luego comenzaron por las plazas y calles a hacer corrillos y a llorar los unos con los otros, incitándose a este llanto con razones tiernas y sentidas. Decían los grandes males que amenzaban y la ruina y caída que habían de tener como si ya estuvieran en ella, adivinándolos el corazón lo que después les sobrevino. Andaban todos cabizbajos y llorosos; los padres doliéndose de sus hijos les decían: ay de mí y de vosotros hijos míos, qué grandes males habéis de ver; y lo peor es que los habéis de pasar y sufrir. Lo mismo decían las madres a sus hijas con otras lástimas que el grande amor y tristeza les enseñaba. Con estas muestras de tristeza pasaron la noche y el día todo, y Motecuhzuma, como más interesado en el honor y honra que podía perder, lo sentía más que todos.

CAPÍTULO XVI. *De la llegada de Fernando Cortés a San Juan de Ulúa y cómo saltó en tierra y cosas que sucedieron; y se conoció la india que después de bautizada se llamó Marina*

LEGÓ FERNANDO CORTÉS A LA ISLA DE SACRIFICIOS habiendo dejado atrás otros puertos y ríos que sus gentes le iban mostrando, que todo aquello hasta este paraje en que ahora se hallaba se llamaba, en lengua mexicana, Chalchicoeca. Descubríanse por esta tierra muchos montes de arcabucos y espesuras y grandes sabanas y campos, y porque se descubría mucha gente por toda la costa y el mar parecía por ella bravo y peligroso, mandó Fernando Cortés que se mirase adónde se podía dar fondo, que los navíos estuviesen seguros del norte. Los indios en descubriendo los navíos, como Juan de Grijalva los había dejado contentos, acudieron en grandísimo número a la orilla de la mar y capeando hacían señas para que se acercasen; pero no permitió Fernando Cortés que aquel día saliese nadie a tierra. Los indios, que mucho deseaban que se desembarcasen, viendo que se estaban quedos, enviaron dos grandes canoas para saber qué gente era, como también lo tenían por mandamiento del emperador Motecuhzuma, como al siguiente capítulo se verá, y qué buscaban; y por los estandartes que estaban puestos en la capitana écharon de ver que en ella estaba el general. Fernando Cortés los recibió con gran placer y todos los castellanos mostraron gran regocijo, y por señas (porque ninguna cosa los unos a los otros se entendían) mostraron oro, diciendo que rescatarían si se lo llevasen porque iban a contratar y no les harían algún enojo. Cortés les mandó dar de comer y de beber vino de Castilla, que les supo bien y unas cuentas azules con que se fueron contentos. Otro día, que fue Viernes Santo, mandó Cortés que desembarcasen los soldados los caballos, la artillería y todo lo que